

RETRATOS A LA TINTA

LOS SEIS NATURALISTAS

En el imperio se encontraban los famosos cinco de la oposición. La República de las letras no tiene nada que envidiar a partir de ahora a ese grupúsculo político. Nosotros tenemos la oposición de los seis naturalistas. Acaba de constituirse, de un modo definitivo, la extrema izquierda del tintero, publicando una antología de relatos titulada: *Les Soirées de Médan*.

Los señores Zola, Guy de Maupassant, J-K. Huysmans, Henry Céard, Léon Hennique, Paul Alexis, son seis, ni uno más ni uno menos, y todos nosotros, por muchos que seamos, y no somos ninguno de los seis, tenemos que prepararnos para lo que venga. En un prólogo en diez líneas despreciables, el gran jefe de ahora en adelante, ya manifiesta que se espera la mala fe y la imbecilidad de la crítica.

Eso no me impedirá en absoluto decir todo lo malo, y también todo lo bueno que pienso de los naturalistas en general y de cada uno de ellos en particular. El Sr. Zola no goza el solo, como se imagina, del privilegio de la franqueza. Incluso creo tener mucha más libertad que él para hablar; pues no pertenezco a ninguna escuela, no me apunto a ninguna camarilla, a ninguna librería, no tengo en absoluto que moderar mi conciencia artística; y expresando mis opiniones libremente, no temo desmentir un programa o ser portador de una consigna.

Digo esto una vez por todas, a fin de establecer con claridad que hablo sin tomar partido previo, sin rencor, y como conviene, en definitiva, puesto que se trata de escritores de los cuales algunos me parecen tener un valor incuestionable.

LES SOIRÉES DE MÉDAN

No trato de buscar ese valor en el libro que acaban de publicar. No oficio aquí de crítico del día, y dejo a otros la tarea de juzgar esos seis relatos.

No quiero decir ni una sola palabra en lo relativo a la pluma, salvo a Guy de Maupassant, para dirigir al autor mis más sinceras felicitaciones. Considero su relato como el mejor de muchos, incluso como una pequeña obra maestra de narración simple y de verdadera psicología.

Pero incluso suponiendo que el libro entero tuviese esa calidad, solo la idea que ha presidido la publicación de *les Soirées de Médan*. me haría el libro desagradable. La obra demuestra en nuestros seis naturalistas la intención de establecer escuela y hacer más que nunca de Zola un pontífice seguido de acólitos.

No sabría censurar demasiado este modo de presentarse al público al rabo de un hombre célebre. Eso hace pensar demasiado en los débiles que, entre una multitud, siguen el paso de alguien destacable para aprovechar el trote que él sabe mantener. Eso atribuye a los cinco jóvenes naturalistas la búsqueda de la fama aprovechándose de la reputación de un maestro. Tal actitud los rebaja al rol de aprendices. Ahora bien, esta forma de comportarse y ese rol, me parecen verdaderamente indigno de ellos; pues cada uno tiene su diferente temperamento, y en particular hay tres que ya han dado muestras de su talento, lo suficiente para caminar solos y sin linderos.

¿Por qué entonces someterse a una dependencia que los empequeñece? ¿Por qué dar a la razón, aunque no sea más que en apariencia, a la crítica que los representa muy alegremente como unos farsantes? Francamente, me da pena por aquellos a los que aprecio y que es justo apreciar.

Pero basta ya de tantas reflexiones que demoran lo que es propiamente mi tarea aquí, es decir bosquejar los retratos de los seis naturalistas.

Voy a tratar de hacerlos con naturalidad.

EMILE ZOLA

El gran culpable, el que incita a los demás a cometer estupideces. Ese es Zola. Confieso que si lo estimo como novelista, por el contrario lo detesto como crítico e incluso como hombre.

Su desfachatez y su ignorancia tienen el don de exasperar hasta el más indiferente en materia de arte. Pontifica sobre cualquiera cosa con una soberbia que él cree autoridad. Embriagado por algunos lectores científicos, se cree en posesión de la idea del siglo, y se imagina haber descubierto un mundo nuevo porque ha descrito las nalgas de *Nana*.

Es un espíritu limitado, sin ideas generales, sin lógica, sin horizonte. Es a la literatura lo que los sectarios son a la política.

Como los sectarios, además, tiene la potencia por la que se caracteriza todo tipo de fanatismo. Desprovisto de imaginación, e incluso de estilo en sus inicios, acabó por hacerse un talento notable a base de paciencia y de testarudez. Ha puesto en su tarea literaria la regularidad de un burócrata. A la larga, esa voluntad de alcanzar la meta ha sido recompensada por el éxito.

Éxito merecido, ¡no tengo ninguna dificultad en reconocerlo! Hay en los *Rougon-Macquart* cualidades de primer orden, y, por encima de todo, un arte singular de dar vida a los objetos.

Por desgracia, en mi opinión al menos, no ocurre lo mismo con todos los personajes. Su psicología se reduce a una fatalidad fisiológica excesivamente rudimentaria para mostrar la complejidad de la vida.

En cuanto al estilo, es más bien a extractos. Si tuviese que clasificarlo, demostraría fácilmente lo que Zola debe al romanticismo al que tanto execra. Toma los defectos más desagradables, y la *Páge d'amour*, por ejemplo, está repleta de frases absolutamente parnasianas. Eso, además, con una pobreza y una monotonía de procedimientos realmente agobiantes; se ha reprochado mucho a Gautier sus famosos *Moules à gauffres* y los naturalista sobre todo se solazan en ello.

Pero al menos Çautier tenía todo un arsenal y ponía los más diversos patés. Zola siempre pone la misma comilona. A la larga eso empacha.

De ahí viene que no se tengan ganas de releer ninguna de sus novelas. No hay ni una de la que pueda considerarse un libro de cabecera. Incluso voy más allá: cuando se han leído dos o tres, no se siente la necesidad de conocer las demás. Ese sentimiento juzga una obra.

En resumen, es la obra de un buen obrero, al que saco sinceramente el sombrero: no es la obra de un maestro ante el que se doblan las rodillas.

El retrato físico del hombre no es mejor.

Los modales burgueses, en el peor sentido de la palabra, es decir ordinario. Zola, por lo demás, hace gala de la coquetería de su aburguesamiento.

Hace público su horror al buen gusto con una convicción que se parece diabólicamente al del zorro al que han cortado la cola. En cuanto al vestir, he oído decir

que considera la Belle-Jardinière como el parangón de la elegancia moderna. Eso no me sorprende: sus ideas también están cortadas por el mismo y vulgar patrón.

El cuerpo es fornido, rechoncho, grueso. Enseguida se ve en él a un hombre de la raza de los *sedentarios*.

La palabra es tímida, con esa timidez particular en los grandes orgullosos. Una especie de ceceo infantil la hace cómica. Incluso la voz es menuda, balbuceante.

La mirada es banal; pero, por el contrario, la nariz es interesante: de base cuadrada, forma sobre el labio un ángulo recto que concede algún carácter a la fisonomía.

El rostro es grueso y pálido. Para quien no lo conozca personalmente y quiera hacerse una idea, no sabría dar mejor ejemplo que compararlo con la de un charcutero. He visto más de cien veces, detrás de esas ciudadelas de patés y espirales de salchichas, ese plenilunio de manteca.

J. DE MOUPASSANT (sic)

Me gusta este poeta. Pues se trata de un poeta, ¡y de los auténticos! También yo estoy estupefacto de encontrarlo en este medio donde se trata a Banville de niño y a Víctor Hugo de payaso.

He tenido el placer de leer varios de los poemas que va a publicar próximamente Guy de Maupassant bajo este mal título: *Des Vers*. Sin embargo, si el título es malo, los versos me han parecido muy buenos, de un lenguaje enérgico y cálido, de un ritmo un poco acobardado, pero sin embargo sonoro, y sobre todo con un nuevo y extraordinario soplo en estos tiempos de cortos de aliento.

No me cabe dudas de que la aparición de este libro será un acontecimiento literario. Saludo por adelantado, y de todo corazón, este arranque de poesía nueva, sensual, vibrante, llena de sabiduría y de sangre, esta obra que va a revelar al público a un verdadero poeta y tal vez incluso a un joven maestro.

Además, esa antología no tiene nada de naturalista.

El autor es como su libro, vigoroso, sanguíneo y apuesto. Es un orgulloso y robusto macho, remero incansable, vividor saludable y al que da gusto ver. Es normando y pariente de Flaubert, digno de esa raza generosa y sana, y digna también del gran escritor en el que se reivindican los naturalistas como el cerdo se reivindicaría de san Antonio.

J. – K. HUYSMANS

¡He aquí uno que desentona de un modo exagerado en la escuela!

¿Pueden imaginarse ustedes que a ese fogoso amante de la realidad desnuda no le guste Stendahl, es decir el novelista más fisgón, el más exacto, el más cruelmente real de la literatura francesa? ¡Extraña lógica! ¿Y de dónde procede ese poco gusto por el autor de *La Cartuja de Parma*? De esto: de que la *Cartuja* está mal escrita. Mal escrita, léase: escrita con sencillez, sin preocuparse del estilo.

Pero, ¡oh naturalista!, es sin embargo así como hay que escribir, si creo al gran jefe, al que no le falta ni una ocasión de desprestigiar el estilo y la retórica. Stendahl es el menos retórico de los hombres, y no te gusta. Así pues, no entiendo nada.

Sí, ¡ya lo entiendo! En resumen, este naturalista no tiene más que una nariz postiza naturalista. Ha escrito dos novelas sobre temas bastante repugnantes, lo que no

le reprocho, entendámonos bien, sino lo que constituye su único vínculo con la escuela. Las ha elegido como naturalistas, ¡de acuerdo!. Las ha escrito como romántico.

Su estilo es un derroche de estilo. Sustantivos raros, epítetos curiosos, alianzas entre palabras imprevistas, arcaísmos, neologismos, sintaxis desbaratada a destajo, abigarramientos, bordados con lentejuelas, asonancias, música tintineante de sílabas, todas las hierbas de San Juan, ¡cómo! ¡Abajo, Aloysius Bertrand! ¡Abajo, Pétrus Borel! ¡Abajo, Verlaine! ¡Abajo, incluso Mallarmé! ¡Viva J.-K. Huysmans, él último y más asombroso de los parnasianos en prosa!

He aquí su rostro y su lenguaje:

Una barba de primitivo enmarallada bajo las mejillas, que pone tonos dorados a la piel de pergamino de un nervioso. Grácil, cual gallo se pavonea, husmeando con la nariz y picando las cosas con las guías de sus ojos, en un saltito de gato juguetón. La manzana de Adán rompe la línea angulosa del cuello, picado con un lunar sobre la piel granulosa, y tanto se levanta como se baja siguiendo el rítmico movimiento de las degluciones.

¿Qué dice usted? Este juego es divertido, cuando no tiene nada mejor que hacer. Pero qué bien se ven las cosas, ¿verdad?

De todos modos, a pesar de eso tiene talento. No ha dado todo su potencial, creo, ni en *Marthe*, que no vale nada, ni en las *Soeurs Valard*, que no vale gran cosa. Pero lo hará mejor. Es un artista, y ama sinceramente la lengua. La ama hasta violarla.

HENRI CÉARD

Todavía no ha publicado libros, y solo le conozco algunos versos, una balada entre otros. Es bonita; pero se parece mucho a aquella de un poeta que no esta lejos de mi en este momento.

Parece que es un espíritu crítico, muy desligado a la vez y muy agudo. Al verlo, me ha parecido incluso que debía ser puntiagudo.

Su fisonomía, en efecto, no habla a favor de su bondad. Delgado, descuidado, de apariencia sulfurosa y de rostro agrio, tiene todo el aspecto de haber tomado su hígado por tintero, y su pluma tendrá sin duda unos esputos de bilis amarga.

Ahora bien, puede que la apariencia sea engañosa, y me haya equivocado al pronosticar de un modo tan desagradable respecto de un hombre que tal vez oculte una hermosa alma bajo unos ingratos exteriores, como los perfumistas de la época de Rabelais encerraban buenos ungüentos en cajas desastrosas.

Supongamos pues que el ungüento es bueno. ¡Eso no impide que la caja no sea bella!

LÉON HENNIQUE

Un muchacho muy elegante, con unos quevedos sobre una larga nariz. Pero no tiene aspecto amable.

Lo conocí hace tiempo, cuando era un rabioso romántico, juraba por Catulle Mendès y parnasianaba en la *Republique des lettres*.

El suyo ha sido un camino de Dumas. ¡Muy brusca la conversión! Para decir todo lo que pienso, no me huele bien. Se parece a la de Enrique IV diciendo que París bien vale una misa. Para Léon Hennique, París se llamaba el éxito. He aquí la causa de mis sospechas. Se trata de un pequeño capítulo de historia literaria.

Y con toda sinceridad, Léon Hennique había escrito antaño el libro romántico titulado los *Hauts faits de M. de Pontahaus*. Después, ha considerado que debía publicarlo presentándolo como una parodia. No me gusta esta forma de actuar. No se debe renegar de los hijos, incluso bastardos, cuando se les ha hecho con amor.

Además la misa no ha llevado los frutos que Léon Hennique esperaba. El éxito no ha llegado, las novelas naturalistas son aburridas.

Mejor hubiese hecho mostrándose tal como es y no someterse, él que tiene imaginación, y mucha, y de la mejor, a un hombre que la desprecia como los jorobados desprecian a las personas esbeltas.

PAUL ALEXIS

Me alegra mucho acabar con una persona que me gusta sin ningún género de dudas. Paul Alexis es un hombre de talento, y, por añadidura, desde mi punto de vista es el único verdaderamente naturalista. Entiendo que lo es *naturalmente*.

No ha publicado más que un libro conteniendo cuatro relatos que son lo más completo que la escuela ha producido en su género-

Sobre temas muy diferentes, todos tomados y casi fotografiados de la vida real, ha mostrado las mismas cualidades de observación, de precisión, de sobriedad y de fuerza. *Le Fil de Luele Vellegrin, l'Infortune de M. Fraue, les Femmes du père Lefèvre, le Journal de M. Mure*, respiran sinceridad y gustan, solamente por eso, a aquellos que incluso no les gusta el naturalismo.

El estilo de Paul Alexis es exacto sin ser técnico, colorido sin ser abigarrado, sencillo sin ser seco. Posee una distinción singular que encanta.

Como Guy de Maupassant, Paul Alexis es un hombre saludable. De ahí, sin duda, el esmero de sus obras. Alto, vigoroso, muy dulce sin embargo, de hermoso rostro, amado por las mujeres y amante de la vida, trabaja sin amargura, sin tomar partido, incluso sin ansias de éxito ruidoso e inmediato, y es porque tiene suerte de producir buenas cosas.

Se lo deseo y creo augurárselo. Si sus futuras novelas contienen las promesas de sus relatos, me parece destinado a convertirse en el único y verdadero representante del naturalismo.

EL FUTURO DE LA ESCUELA

Esto me lleva a concluir hablando del porvenir que creo reservado al naturalismo y a sus adeptos.

Del mismo modo que espero haberlo mostrado, la escuela se reduce en definitiva a un maestro y a un discípulo, a Zola y a Paul Alexis; y no hay otro que no sea Paul Alexis, el más estricto en la pura teoría naturalista.

Guy de Maupassant es un poeta fuera de lugar en Médan. J.K. Huysmans es un estilista que procede del *Parnaso contemporáneo*. Henry Céard todavía no es nadie. Léon Hennique no puedo convertirse en alguien excepto retornando a sus primeros amores románticos.

Entre estos seis escritores, el acuerdo y la razón de estar juntos no son más que aparentes. La brecha se abrirá por si sola. La escuela no existe más que sobre la portada de *Les Soirées de Médan*.

En resumen, no hay en todo este ruidoso guirigay literario más que la personalidad alborotadora de un hombre y la inocencia o el interés de algunos jóvenes a

quienes el éxito de este hombre ha deslumbrado. Pero esta embriaguez pasará, pueden estar seguros, y mañana estarán asombrados y arrepentidos cuando se den cuenta que su estrella marcando el polo no era nada más que un reflejo. Tal vez entonces sean los más encarnizados en romper los cristales a pedradas.

JEAN RICHEPIN

Publicado en *Le Gaulois* el 21 de abril de 1880
Traducción de José M. Ramos. Pontevedra agosto 2013
Para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>